LOS BASCOS EN LA ARGENTINA.

No podemos precisar con exactitud, dice el *Laurak-bat,* de Buenos-Aires, cuál fué la época que eligieron los nobles hijos de las provincias bascongadas para abandonar sus hogares y dirigirse por primera vez á esta parte de la América, buscando, si no aires más puros, horizontes más libres y playas hospitalarias, á donde trasladar, junto con su activa laboriosidad, sus sencillas costumbres, conmovidas hondamente por las disensionos periódicas que ensangrentaron más de una vez los espléndidos valles de la madre patria.

Puede asegurarse casi que esa época empezó despues de terminada la primera guerra de sucesion, llamada carlista, que fué allá por el año de 1840, cuando los primeros grupos de bascos empezaron á llegar á Buenos Aires. Nos referimos á la clase proletaria.

Hasta aquella fecha eran contados los que se habian decidido á cruzar el gran charco, y casi todos lo habian efectuado para esquivar el servicio de las armas en esa guerra fratricida, y no en busca de fortuna y aventuras.

Muchas miserias y muchas persecuciones debieron caer sobre el pueblo bascongado, despues de la guerra, cuando se decidieron á abandonar definitivamente, en grupos numerosos, esas soberbias montañas y majestuosos valles de su tierra natal, en donde habian vivido durante muchos siglos, libres como la brisa perfumada de sus bosques y fuertes por la sabiduría de sus leyes; con un idioma propio y asombrando á la humanidad entera, que los tomaba como modelo y los hacía blanco de estudios especiales por su antigüedad.

Empezaron á emigrar abandonando sus rústicos hogares en son de silenciosa protesta á los atropellos que con ellos se cometian y huyendo de las contribuciones, especie de gabelas, con que el gobierno les imponia el forzoso abandono de su tierra, ó el de vivir perpetuamente esclavizados por ellas.

Esa fué la época en que la Argentina, ocupada en su reorganizacion política, empezó á conocer á los bascos y á apreciar las ventajas de una inmigracion tan espontánea como útil y viril, para llevar al seno de sus Pampas desiertas un nucleo de poblacion importante y que daba pruebas claras de asimilarse con rapidez á las costumbres y trabajos de campo, mejorándolos notablemente.

Los habitantes de esos vastos territorios, semi-salvajes aún, con el rostro bronceado por el sol y curtido por las lluvias, que no reconocian más ley que la voluntad del dueño de la estancia á quien servian, ni más amigos que los gauchos de su clase, para quienes el extranjero era un enemigo, vieron aparecer un buen dia entre ellos, unos gringos, que despues llamaron arrayuas, de mirada clara y penetrante, bien plantados y fuertes, que tenian manos como garras y cabezas altivas, capaces de competir con ellos en agilidad y destreza en todos sus trabajos.

Quedaron sorprendidos y agradablemente impresionados, como nos pasa aún cuando vemos llegar á nuestros puertos un grupo de esos hombres, de musculatura hercúlea, de rostro bondadoso y paso gimnástico, tan blancos como limpios, tan francos como enérgicos y tan ágiles como fuertes, que naturalmente nos detenemos á su paso y elevamos íntimos votos por su prosperidad.

Fué general, en las ciudades y campaña, la aceptacion de estos nuevos compañeros de trabajo, y seguramente no llegaron á nuestro país, ni llegarán quizás, otros hombres tan dignos de proteccion como los bascos.

Su sistema de vida, sus costumbres y hasta su traje nacional, que en muchísimos años no han cambiado en su país, tuvieron que modificarse pintorescamente en el nuestro, ciñéndose á las necesidades del trabajo á que se entregaban.

Esta alteracion profunda en todo lo que más apego tiene el hombre, este cambio de vida tan rápido y diametralmente opuesto al que ellos habian llevado desde que nacieron, parece que los encariñara más con su segunda patria, pues son muy pocos los que la abandonan, una vez conseguido un modesto bienestar.

Antes de entrar á ocuparnos de los diversos trabajos á que la inmigracion bascongada suele entregarse con preferencia en la Argentina, séanos permitido hacerles un elogio justo que lo tienen honradamente ganado.

Es la única agrupacion de pobladores que vienen á este país espontáneamente, sin desembolsos para nuestro gobierno, y una vez aquí, se entrega con más rapidez al trabajo, dándose el caso, raro por cierto, de desconocerse en esta tierra al basco haragán, y por consiguiente vicioso, llamado generalmente por nosotros *atorrante.*

EN LAS CIUDADES.

A su llegada dedican dos ó tres dias para recorrer en grupos las calles de la ciudad y les causa extrañeza ver que los transeuntes se detienen á observarles y muchas veces á interrogarles sobre si tienen trabajo en perspectiva; no comprendiendo lo estimados que son sus servicios, ignoran completamente lo que vale el interés que se les demuestra.

El trabajo que acaparan, que encuentran más fácilmente y desempeñan casi todos en los grandes centros de poblacion, es el de peon de almacenes mayoristas, puesto de confianza por la honradez, sobriedad y fuerza que se requiere para desempeñarlo.

Saben ellos que este es el mejor punto de partida para su porvenir, pues entre las innumerables relaciones de esas casas casi siempre encuentran hombres laboriosos que saben apreciarlos y sacándoles de ese rudo aprendizaje, les llevan á su lado, como socios ó simples habilitados en las ásperas tareas del campo, de donde regresan al cabo de algunos años, con un capital propio y por consiguiente dueños absolutos de su porvenir.

Llevan una vida relativamente feliz, pues es de todos conocido que el trabajo en los almacenes es rudo, y se necesita mucha voluntad y fuerza para sobrellevarlo; pero tambien sabemos que se les da trato excelente, al cual se agrega una pequeña remuneracion, que les permite todas las comodidades inherentes á un holgado pasar.

Siempre hay trabajo para un basco, decimos aquí vulgarmente, y este dicho es perfectamente exacto, porque los que llegan á nuestras playas encuentran pronto colocacion ventajosa y apropiada á sus buenas costumbres, extrañándonos que no se aumente su número en la Argentina, dado el bienestar y simpatía de que gozan todos en ella.

EN LA CAMPAÑA.

Allí es donde debe considerarse al basco con verdadero cariño, en los primeros ensayos de vida campestre.

Todo es nuevo para él y por eso antes de lanzarse abiertamente al campo, á sufrir contratiempos casi siempre funestos por la inclemencia del clima é ignorancia de nuestras costumbres, que les obligan á regresar muchas veces al punto de partida, prefieren estacionarse en los alrededores de los grandes centros de poblacion, dedicándose á la cria y cuidado de un pequeño número de vacas, cuyos sabrosos productos, leche, manteca y quesos, expenden diariamente en las ciudades.

Este negocio debe serles muy productivo á juzgar por la inmensa cantidad de bascos que se dedican á explotarlo.

Pero como nuestro objeto en este artículo no es entrar á analizar si son buenos ó malos los distintos negocios que emprenden, sino la importancia que tienen entre nosotros y el impulso que con su inteligente actividad dan á los diversos ramos de nuestra produccion en la campaña, pasemos á buscarles á las profundidades de nuestras pampas ó á la sombra de nuestros bosques, en donde les encontraremos entregados á la ruda labor que dignifica y ennoblece al hombre.

Millares de bascos pueblan la vasta campaña de la República y todos ellos se distinguen en los trabajos á que se dedican.

Siendo trabajo de campo, lo mismo sirve el basco para ovejero, como para leñador, para dirigir las grandes tropas de carros que transportan nuestros productos, como para capataz de saladero; y saben los que de ellos se sirven, que es una verdadera fortuna la que producen los negocios confiados á su honradez y laboriosidad.

Para ellos no hay dificultades, todo lo entienden, todo lo dominan, hasta el carácter independiente del gaucho, su mejor amigo, al cual han conquistado imitando sus costumbres y conservando para su uso diario el traje nacional que ya estos habian abandonado casi por completo.

La generosidad que despliega en sus actos más insignificantes, la hospitalidad que brinda al viajero que tiene la suerte de ir á llamar á la puerta de su casa, el amor á su idioma que trasmite invariablemente á todos sus hijos, el cariño á su patria que se traduce en proteccion para con sus hermanos... todo esto nos cautiva y hace que amemos al inmigrante bascongado como hijo predilecto de nuestra tierra.